



Juan Rulfo, fotógrafo de arquitectura

Víctor Jiménez



Antonio Reynoso, Juan Rulfo durante la filmación de *El despojo*, 1960. Archivo Antonio Reynoso

Antecedentes: la arquitectura y sus imágenes

A partir del Renacimiento la representación de la arquitectura ha exigido de los artistas un gran conocimiento de la misma, así como de nuevas costumbres visuales. Cuando Massaccio decide, en 1427, ubicar su *Trinidad* de Santa María Novella dentro de un espacio arquitectónico invita a Filippo Brunelleschi a que defina las formas del mismo y establezca el trazo perspectivo del edificio ilusorio. Brunelleschi, inventor de la arquitectura y la perspectiva renacentistas, era el hombre indicado, y es curioso que como resultado de esta colaboración la arquitectura del Renacimiento, antes de hacerlo en piedra, hiciera su aparición en un fresco. Andrea Mantegna y Piero della Francesca eran otros conocedores muy competentes de la arquitectura por exigencia de su oficio pictórico, y hubo quienes, como Bramante y Miguel Ángel, pudieron convertirse en grandes arquitectos gracias a una experiencia semejante. Los ejemplos podrían multiplicarse.

La representación de la arquitectura, así, ha exigido desde hace siglos un buen conocimiento de la misma, y cuando el norteamericano John L. Stephens viaja a finales de la década de 1830 y principios de la de 1840 a la región maya, con la idea de publicar una obra ilustrada sobre esa civilización y su arquitectura, se hace acompañar del arquitecto y dibujante inglés Frederick Catherwood, quien se encargaría de la parte gráfica. En su segundo viaje, de 1841, traen a Yucatán una de las primeras cámaras fotográficas que haya llegado a México (empleada para reproducir la arquitectura mesoamericana, aunque sólo fuera utilizada por Catherwood para elaborar, a partir de los daguerrotipos resultantes, sus magníficos grabados coloreados a mano). El libro de Stephens y Catherwood tuvo un gran éxito y llamó la atención del francés Désiré Charnay, quien vivía en los Estados Unidos a principios de la década de 1850 y decidió superar la hazaña de aquella pareja visitando México con una cámara fotográfica; sí, pero para ilustrar su obra directamente con fotografías, ya que emplearía el sistema de obtención de negativos so-

bre placa de vidrio para producir múltiples impresiones. Agregó a su texto (publicado en 1863 como *Cités et ruines américaines*) una colaboración del arquitecto Viollet-le-Duc, quien escribió sobre la arquitectura zapoteca y maya a partir de las fotografías de Charnay; pero es un hecho que el fotógrafo sabía tanto o más (es decir, muy poco) que cualquier otro sobre tal arquitectura. En todo caso Charnay había leído a Stephens, y es también evidente la influencia, en algunas de sus fotografías, de la mirada del arquitecto Catherwood. La unión en una persona del fotógrafo y el arqueólogo tendría un representante importante todavía a finales del siglo XIX y principios del XX en Alfred P.



Juan Rulfo, *Chimalhuacán Chalco*, ca. 1950. Col. Clara Aparicio de Rulfo, bajo custodia de la Fundación Juan Rulfo, A.C.

Maudslay (competidor directo de Charnay en Yaxchilán), como puede verse en su rara obra *Biología Centrali Americana...*, en cuatro volúmenes, de 1889 a 1902. En el siglo XX, en 1964, el historiador suizo de la arquitectura Henri Stierlin publica un libro sobre la arquitectura maya ilustrado con magníficas fotografías suyas, y en 1972 aparece en Italia la gran obra de Doris Heyden (antropóloga) y Paul Gendrop (arquitecto e historiador de la arquitectura) sobre la arquitectura mesoamericana, ilustrada con fotografías de ambos. Algo similar ocurre en otras partes del mundo: el inglés Wim Swaan, arquitecto e historiador de la arquitectura igualmente, publica en 1969 un libro sobre las catedrales góticas ilustrado con sus propias, espléndidas, fotografías. Esta tendencia ha llegado a la arquitectura contemporánea; por lo que no es raro que William Curtis, historiador de esta arquitectura y especialista en Le Corbusier, sea su propio fotógrafo, con lo que se puede hablar de una decidida inclinación de estos historiadores a emplear la cámara como un medio más de expresión, intelectual y artístico. No es ajeno a ello que otros fotógrafos carezcan de una mirada entrenada para encontrar lo sustantivo en la arquitectura, distrayéndose con frecuencia en lo adje-

tivo, no importa si con satisfactorios —si así fuere— resultados plásticos. Los arquitectos en activo han buscado igualmente, desde hace tiempo, fotógrafos entrenados en este terreno para revelar lo que encuentran importante en su propia creación. Le Corbusier, por ejemplo, eligió a Lucien Hervé; en México Carlos Obregón Santacilia empleó a Guillermo Kahlo y Luis Barragán prefería el trabajo de Armando Salas Portugal, cuya sensibilidad encontraba afin a la suya.

¿Cómo fotografiar la arquitectura?

Los casos citados arriba muestran cómo la calidad del trabajo fotográfico en el terreno de la arquitectura se encuentra vinculada no sólo a una sensibilidad, sino al conocimiento de una compleja disciplina. En los casos más importantes el historiador-fotógrafo sabe eludir las trampas del pintoresquismo y el efecto de tarjeta postal para poner de relieve aquello que hace de un edificio una gran obra de arquitectura: su solución estructural, el refinamiento de sus proporciones, las sutilezas del claroscuro, la calidad de los detalles, el cuidado de la ejecución, etcétera. Y si este fotógrafo es un conocedor aún más profundo de su materia de estudio puede aspirar a ver lo que otros no consiguen. Dos



Juan Rulfo, *Convento en ruinas*, ca. 1950. Col. Clara Aparicio de Rulfo, bajo custodia de la Fundación Juan Rulfo, A.C.

grandes historiadores italianos de la arquitectura, Manfredo Tafuri y Francesco Dal Co, concluían su obra dedicada a la arquitectura contemporánea con una frase que era la mejor síntesis de su propósito: “No [sólo] de las formas de todo eso queremos hablar, sino de lo que éstas ocultan.” Que yo sepa, y al menos en relación con la arquitectura mexicana, sólo un fotógrafo ha estado a la altura de un reto tan difícil: Juan Rulfo.

Rulfo fotógrafo, Rulfo historiador

Hasta hace poco sólo sabíamos que en el trabajo fotográfico de Juan Rulfo ocupa un lugar importante la arquitectura mexicana, pero no que leyó y escribió extensamente sobre la misma. No es extraño que haya en sus textos sobre la arquitectura mexicana una evidente relación con su fotografía, y ya desde que diera a conocer su trabajo como fotógrafo se advirtieron los vínculos del mismo con su literatura. Lo que hoy podemos apreciar es que su visión de la arquitectura mexicana, como aparece en sus escritos con este

tema, comparte también un amplio territorio con su creación literaria. Y sólo nos queda elaborar una hipótesis para explicar el origen de este acercamiento —muy profundo, por lo demás— de Juan Rulfo a la arquitectura mexicana: que haya ideado, en algún momento a finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, un proyecto de publicación en que se entrelazaban la historia de la arquitectura, la historia de México y la fotografía. Era un proyecto *sui generis* de entrada, ya que la profundidad del conocimiento de Rulfo de la historia de México lo salvó de caer en las super-

ficialidades comunes a la historiografía de la arquitectura colonial, que terminan por llevar a la mayoría de los estudiosos al terreno de la apología de aquel régimen. Esto nunca ocurrió con Rulfo, tanto en sus escritos como en sus fotografías.

Juan Rulfo dedicó a la arquitectura mexicana unos cuatrocientos textos de diversa extensión, escritos a partir de su lectura de diversas obras de referencia que citó, resumió y modificó de distintas maneras, incorporando su propio conocimiento de muchos edificios a este conjunto historiográfico. A partir de la historia de la arquitectura, Rulfo dirige una mirada inquisitiva a no pocas cosas ocultas en el pasado de México, como lo hace, para quien lea su obra con algún detenimiento, desde su propia literatura: la historia de México permite dar un sustento histórico a la peculiar condición del pueblo de Comala, por ejemplo, y los textos de arquitectura de Rulfo lo confirman. Había en él una verdadera vocación de historiador. Alguna vez elogió su biblioteca y me respondió que no

era tan buena como a él le hubiese gustado, y añadió: “sólo tengo literatura; una buena biblioteca es una biblioteca de historia”. Poco después de 1968, a propósito de la matanza de Tlatelolco, me decía que la historia de México era extraordinariamente sangrienta como resultado de la conquista española. Consideraba al siglo xvi como una especie de pecado original de la nación, aún no redimido, del que provenía el desprecio hacia la vida y la dignidad de los demás —sobre todo



Juan Rulfo, *Convento de Huejotzingo siglo xvi, ca. 1950*. Col. Clara Aparicio de Rulfo, bajo custodia de la Fundación Juan Rulfo, A.C.

los más débiles— de que hacen gala los poderosos de nuestro país. Tlatelolco era sólo otro epi-

sodio en la serie de masacres inaugurada cuatro siglos y medio atrás, y pensaba que únicamente cuando nos atreviésemos a ver de frente nuestra historia, sin autoengaño, podríamos romper esa especie de fatídico eterno retorno.

Por esa misma época, a principios de la década de 1970, con motivo del proyecto de una casa de campo, venía con frecuencia a mi oficina. Era común que llegase con un libro de arquitectura que me regalaba, y finalmente apareció un día con una caja como de zapatos, llena de negativos. Así continuó, hasta que en mi librero llegaron a acumularse miles de ellos. Supe entonces que se había dedicado a la fotografía de manera muy seria, y que la arquitectura ocupaba una parte importante de su trabajo fotográfico. Además me pude enterar de que Rulfo había leído a todos los autores especializados en la arquitectura antigua de México y que podía hablar con soltura del tema. Le propuse hacer una exposición con sus fotografías de arquitectura en la Universidad, y el proyecto avanzó con gran

lentitud. Su hijo Pablo y yo hicimos una selección que Rulfo conoció pero nunca se exhibió. En 1980 se divulgó por primera vez su trabajo fotográfico de manera amplia, con todos los temas que éste abarcaba. Rulfo falleció en 1986 y la exposición sobre arquitectura sólo pudo tomar forma en 1994, más de 20 años después de pensar por primera vez en hacerla.

Durante la construcción de su casa de campo, en Chimalhuacán Chalco, visité con Rulfo templos, conventos y lugares así, y ya no me extrañaba que hablase con soltura de entablamentos, capiteles y otros elementos arquitectónicos frente a aquellos edificios. A lo largo de un año pude advertir que Rulfo veía el presente a través del pasado de México bajo la forma más concreta. Frente al templo de Chimalhuacán me mostró la gran puerta del atrio. Daba al campo, y me dijo que alguna vez el pueblo se había extendido hacia allá; que en la actualidad sólo era un pequeño barrio de lo que había sido el siglo xvi. Esta puerta con arcos aparece en una de sus fotografías, y nunca he podido



Juan Rulfo, *Convento de Tecali, siglo xvi, ca. 1950*. Col. Clara Aparicio de Rulfo, bajo custodia de la Fundación Juan Rulfo, A.C.

verla sin recordar lo que entonces me dijo cuando le pregunté sobre la suerte de los pobladores del sitio. Me respondió que los españoles se habían llevado a los hombres a combatir a Jalisco y nunca volvieron. Las mujeres se fueron muriendo: “la conquista fue algo muy cruel”, concluyó. Muchos años después, en una conferencia, retomó la historia de este pueblo y dijo que en el siglo xvi había tenido 20 000 habitantes, y “ahora —hablaba en 1983— tiene 600”.

Estas historias aparecen de manera constante en los textos que Rulfo dedicó a la arquitectura de México. Escribía a partir de autores que a veces sólo mencionan estas cosas de pasada, o que incluso no dicen una palabra sobre ello, pero Rulfo encontraba el dato y lo incorporaba a su texto, dándole una posición destacada. Al leerlos nuestra visión de la fotografía de Rulfo se convierte en otra. Sobre Atotonilco el Grande, por ejemplo, recoge: “Al oriente de la población encuéntrase también las ruinas de un pueblo que llamase San Nicolás, al que la tradición le asigna mucha importancia en el siglo xvii.” De Tepeapulco cita: “en el rancho de Santa Clara se observan las ruinas de un pueblo nahoa que debe haber sido muy importante. En la hacienda de Malpaís hay vestigios de otro que se supone fue destruido por la erupción de un vol-

cán”. Un caso extremo es el de Ixcuincuitlapilco, ya que dice: “La iglesia de San Mateo, de una nave, carece de interés. En los alrededores de la población se encuentran algunas ruinas.” En Tizayuca llama su atención algo semejante: “Cerca de la población, en el paraje llamado Jilhuacán o Tilhuacán de la hacienda de San Miguel, y en el rancho de los Mogotes, existen cimientos y ruinas que parecen ser de remota antigüedad, probablemente de pueblos cuyos habitantes perecieron durante la época del matlazahuatl.” De Atolinga dice: “No cuenta con buenos edificios. En las mesas de Tezabiosca y Teocalis existen algunas ruinas y vestigios de los antiguos cúes prehispánicos, destruidos desde la conquista.” Y también este texto: “A 16 kilómetros al norte de Villanueva se encuentra el cerro de Los Edificios, donde se hallan las ruinas de Chicomoztoc, vestigios de lo que fue una poderosa ciudad.” O el que dedica a Susticacan: “Fue fundado a mediados del siglo xvi. Actualmente se encuentra casi abandonado, presentando el aspecto de una vieja hacienda. Cuenta con las ruinas de un viejo convento edificado en la época colonial, así como dos iglesias y una capilla. El aspecto que presenta el pueblo es casi desolado.” Suman decenas las menciones de este tipo que recogió en sus textos sobre la arquitectura mexicana, y son



Juan Rulfo, *Convento de Acolman*, siglo xvi, ca. 1950. Col. Clara Aparicio de Rulfo, bajo custodia de la Fundación Juan Rulfo, A.C.



Juan Rulfo, *Convento de Cholula*, siglo xvi, ca. 1950. Col. Clara Aparicio de Rulfo, bajo custodia de la Fundación Juan Rulfo, A.C.

igualmente numerosas las fotografías suyas que podrían ilustrarlos.

Igualmente se encuentran en estos escritos, a cada página, los templos y conventos erizados de almenas, con muros circundados de contrafuertes como verdaderos bastiones y bóvedas rematadas con casamatas y polvorines: es decir, esas construcciones de carácter militar concebidas para llevar a cabo la “colonización religiosa” de México (como la llama Rulfo en una breve nota). Edificios que, con nitida elocuencia documental, hablan en sus propios términos de la naturaleza de la misión desempeñada por los religiosos españoles en nuestro país a lo largo de tres siglos. Y tema, igualmente, del que abundan ejemplos en sus fotografías de arquitectura. Pocos motivos pueden prestarse mejor que éste para ilustrar lo que las formas arquitectónicas ocultan, aunque cabe preguntarse si en realidad estas fortalezas no lo están proclamando de manera muy explícita. Cita Rulfo, por ejemplo, a un cura del siglo xix que describe así el convento de Tula: “Estuvo ocupado por los religiosos franciscanos, el cual, como la mayor parte que hay de esta orden en nuestro país, está construido con la arquitectura propia para servir de fortaleza y manifiesta por lo tanto el aspecto de un castillo. Se puso el mayor cuidado en

cubrir sus flancos con torres y garitas para doblar las líneas de defensa y para hacerlo de una dureza cuanto se puede hacer con la mampostería.” De Atlatlahucan destaca Rulfo: “Las almenas, componente indispensable de todos los conventos-fortaleza de los primeros años de la conquista, coronan los muros, rodeando, en un alarde de excesiva defensa, hasta el claustro.” Y también, sobre Milpa Alta: “Visitando la bóveda se ven los camarines donde se guardaba la pólvora, circundados por un pretil almenado cuyos bastiones hacen el efecto de que se está en una fortaleza medieval.”

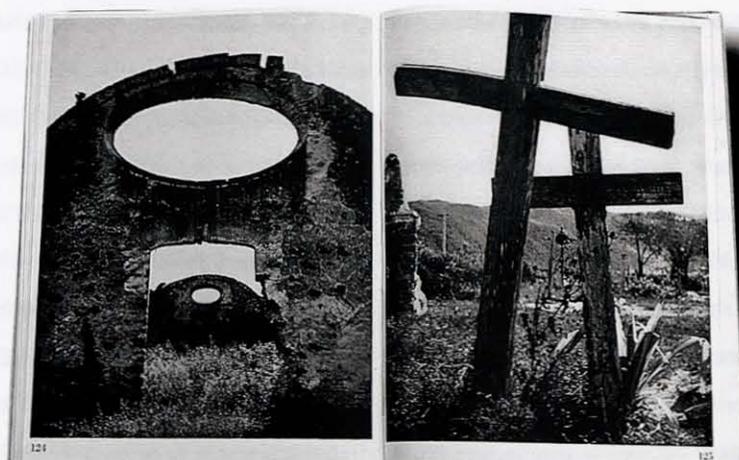
El otro tema importante en los textos y fotografías de arquitectura de Rulfo es el de las ruinas de pirámides, iglesias y conventos abandonados o reducidos a unas cuantas paredes y habitaciones destechadas. Algunas veces se trata de edificios cuya falta de importancia arquitectónica se declara desde las primeras líneas de los textos, y también de manera explícita Rulfo acostumbra decir que son sus ruinas, desolación y tristeza lo que les presta algún interés. En sus fotografías se puede percibir de manera inequívoca esta misma reflexión, que en los textos alcanza con frecuencia una nota de melancólica ironía: “sí —parecería decir Rulfo—, los frailes destruyeron los antiguos templos y las imágenes de otros dioses... pero en

este pueblo sus habitantes han quemado repetidamente la iglesia, y son numerosas ya las ruinas de templos cristianos que se suman a las de los antiguos centros ceremoniales”. Ésta es la descripción de la iglesia de Lolotla que recoge Rulfo: “fue edificada por fray Antonio de Roa en 1538, la cual ha sido varias veces destruida por incendios intencionales. Es el edificio principal del pueblo, pero se halla en ruinas: su techo abierto, paredes ennegrecidas, ventanas cubiertas con petates, altares e imágenes muy antiguos, deteriorados; las campanas rajadas y faltas de sonoridad, los entarimados podridos por la lluvia. Tal es el aspecto desconsolador que ofrecen esta iglesia y este pueblo... La torre, así como lo que fuera el convento, están en ruinas”. Y la siguiente es la descripción que hace Rulfo del templo de Metztlán: “En su exterior, el espesor de sus lisos muros, coronados por almenas, sus macizos contrafuertes y la impresión general de templo fortaleza, hacen que sea uno de los primeros en su género en el estado de Hidalgo. El convento es asimismo interesante. Sus corredores están ricamente decorados al fresco, teniendo bóvedas de crucería en cada uno de sus ángulos. Con todo, el abandono, el tiempo y la desolación, muestran ya sus huellas en este enorme edificio, que debe ser conservado por su grandiosidad. La bó-

veda de cañón que cubre el templo se encuentra cuarteada de extremo a extremo; las lluvias han entrado por las paredes agrietadas y destruido altares de valor incalculable. El viento sacude sin cesar pinturas al óleo ya semidestruidas, y afuera se nota ya el desmoronamiento de algunas ruinas, como la doble capilla abierta”.

Conviene decir aquí que estos textos fueron recogidos o escritos por Rulfo en los primeros años de la década de 1950: es decir, cuando está escribiendo *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Tal vez por ello es posible advertir una relación entre las descripciones de los templos de Lolotla y Metztlán, por ejemplo, y la iglesia de *Luvina*. Parecería que, para Rulfo, la ruina de los edificios levantados en México durante aquella época fuese parte intrínseca del dilatado colapso del mundo colonial, tema que estaría en el trasfondo de su obra literaria. Y así podemos afirmar que las imágenes que evocan los textos de arquitectura de Juan Rulfo no son otras que las de sus fotografías, y tampoco son ajenas a las de su literatura.

Este texto incorpora una parte de la conferencia leída el 4 de junio de 1997 en la Universidad de Bielefeld, Alemania, durante el coloquio *Photographie und Fiktion—Annäherungen an die Ästhetik Juan Rulfos*, dedicado al análisis de las relaciones entre la obra literaria y la fotografía de Juan Rulfo. Las citas provienen de los manuscritos de Juan Rulfo resguardados por la fundación que lleva su nombre.



George Hoyningen-Huene, *Mexican Heritage*, Nueva York, J.J. Augustin Publishers, 1946. Col. Particular